



El lenguaje de los hombres es tan atractivo que una, a veces, se arremanga y dice lo de «una es muy macho» u otra desvergüenza parecida. «Tú serás muy macho, pero de política no entiendes nada», me dicen los comentaristas. Y acompañan sus palabras con una mirada ambigua que es prácticamente una indirecta. Una indirecta, en este asombroso país cargado de conceptuosas retenciones, es siempre una invitación a la cama. En el fondo todos son unos ultras con sus revolucioncita pendiente. Qué vida ésta. En fin, no entenderé nada de las cosas de los hombres muy hombres, pero pienso que si la política iba antes mal, ahora va peor. Antes, por lo menos, una podía imaginarse diciendo las encantadoras insulseces de los cenocentristas. A la larga no me hubiera importado ser la demi-mondaine de un demoliberal. Habría sido una idiotez, pero



agradable. ¡Gente fina la del señor Gavilanes! Pero yo no sé de qué mioceno han salido los que parten ahora el bacalao. Los del señor Gavilanes se llaman comensales, éstos se llaman huestes. Todos son guerreros del antifaz. Hay como poco una degeneración notoria del acto verbal. Con tanto sonar

los claros clarines está una medio sorda, chica, es de un mal gusto que tira para atrás. El lenguaje de los cenocentristas y sus epigonos era elástico, y, desde luego, un poco desviacionista; evocativo, más que investigador. Pero era un lenguaje humano. Y la diferencia entre un lenguaje humano y uno que no lo es no está en la crueldad, en la inarticulación espasmódica, o en la obsesión monosilábica, sino en la sintaxis. La sintaxis es la diferencia. Cuando me hablaban de política los demoliberales, es como si me dijeren: «¿Quieres acompañarme esta noche en mi tristeza?». Pero cuando me hablan de política las huestes, suena así: «Tú venir conmigo cama». Aquéllos miraban el reloj, y éstos también, porque un español, sea lo que sea, siempre tiene después obligaciones sacrosantas que cumplir. Sin embargo, ¡qué diferencia en la sintaxis! ■ ALBERTINA.

